

# 1

## Se acerca el final de curso



Estaba ya terminando el mes de mayo, así que empezaba a hacer bastante calor. Pero no era lo único que acababa; el curso escolar tocaba a su fin, y eso se empezaba a notar en las aulas: algunos profesores iniciaban las clases de repaso, mientras que otros intensificaban el ritmo para poder llegar a los últimos temas antes de los exámenes.

Las Goleadoras lo notaron en los entrenamientos, porque, pese a que el equipo había pasado a los *play-off*, la fase final de la liga interescolar, nunca estaban todas. Vicky, Eva y Dasha habían pedido permiso para poder quedarse por las tardes en casa a estudiar para los exámenes, y algunas chicas las imitaban de vez en cuando.

—¡Pero esto no puede ser! —estalló Sara una mañana durante un recreo—. ¡Ayer sólo estábamos siete en el entrenamiento! ¿Cómo vamos a preparar los *play-off* así?

–No empieces otra vez –protestó Vicky, que llevaba oyendo sus reproches toda la semana–. Ya te he dicho que para mí son más importantes los exámenes que los *play-off*, por mucho que te escandalice. Después de todo, ya hemos acabado las cuartas en la liga, y está más que bien. Si perdemos todos los partidos en la fase final, tampoco se va a hundir el mundo.

–¡Pero...!

–Mira, tú ve a entrenar y no estudies si no quieres; si suspendes los exámenes será cosa tuya, pero déjanos a las demás decidir lo que queremos hacer, ¿no?

–Vicky tiene razón –asintió Dasha–. Me gusta el fútbol, pero creo que los estudios son más importantes.

–Yo prefiero el fútbol –suspiró Eva con cierta tristeza–, pero ya sabéis que mi padre mira mucho las notas, y ahora no me deja salir de casa por las tardes porque dice que tengo que estudiar.

–Sé razonable, Sara –intervino Mónica–. A todas nos encantaría poder entrenar todos los días y jugar fenomenal en los *play-off*, pero hay que aceptar que no podemos hacerlo todo.

–Además –añadió Vicky–, hay que tener en cuenta que las jugadoras de los otros equipos también tienen exámenes, así que estarán en la misma situación que nosotras.

–No exactamente –murmuró Sara, algo enfurruñada–, porque las chicas de los otros equipos ya juegan mejor que nosotras, así que debemos entrenar más que ellas si queremos estar a la altura.

–Bueno, pero no va a pasar nada si perdemos, ¿no? –razonó Dasha–. A mí también me haría ilusión que ganáramos la

liga, pero está muy difícil y, de todas formas, estoy con Vicky: para ser nuestro primer año, lo hemos hecho muy bien.

–Recordad que aún tenemos que quedar mejor que los chicos –dijo entonces Carla.

–¿Todavía estáis con eso? –protestó Ángela.

–iYa hicimos las paces con ellos el día de los Juegos Deportivos! –añadió Alicia.

Las demás se miraron unas a otras. La rivalidad de las Go-leadoras con los Halcones, el equipo masculino del colegio, había sido una constante en las relaciones entre los dos conjuntos desde principios de curso. En teoría ya habían hecho las paces, pero en el fondo nadie podía olvidar que también ellos se habían clasificado para la fase final de la liga de chicos... y había mucho interés en el colegio por ver cuál de los dos equipos conseguía un mejor resultado.

Mónica vaciló.

–Bueno, la verdad es que estaría muy bien superarlos en la liga –admitió.

–Chicas, no podemos estar siempre con un ojo puesto en lo que hacen los Halcones –protestó Vicky–. No es serio ni profesional.

–Tampoco es muy profesional pasar de los entrenamientos sólo porque tienes exámenes –la pinchó Carla–, y tú lo haces de todas formas.

–Lo que quiero decir –prosiguió Vicky sin hacerle caso– es que nuestro equipo debe valer por sí mismo, y no por comparación con los Halcones. ¿Entendéis el razonamiento?

–No –dijeron Ángela y Alicia a la vez.

–Creo que yo sí –dijo Mónica–, pero eso no quiere decir que no vaya a ponerme muy contenta si quedamos mejor que ellos en la liga.

–De todas formas –comentó Eva–, yo creo que no necesitamos tanto entrenamiento. Lo hemos hecho muy bien hasta ahora, ¿no? ¿Quién nos dice que no vayamos a hacer un buen papel en los *play-off*, aunque no entrenemos tanto las últimas semanas?

Sara no lo veía tan claro, pero comprendía que Vicky, Dasha y las demás tenían razón al exigir un poco de tiempo libre para preparar los exámenes.

Ella, sin embargo, no podía concentrarse. Aquella tarde, ya en su casa, no dejaba de pensar en la fase final, y los nervios y la emoción se la comían por dentro mientras trataba de estudiar. Además, los ojos se le iban a la foto enmarcada que tenía sobre la mesa, y que los mostraba a ella y a Héctor, el capitán de los Halcones, alzando en alto la copa del segundo puesto que habían obtenido en los pasados Juegos Deportivos, liderando un equipo de fútbol mixto que se había enfrentado a colegios de otras ciudades. Sara deseaba hacer un buen papel en la fase final del campeonato, no sólo por orgullo o rivalidad, sino, sobre todo, para causar una buena impresión a Héctor.

Pero tampoco quería suspender los exámenes, y estaba bastante pez en matemáticas e inglés. Se había prometido a sí misma que se las arreglaría para asistir a todos los entrenamientos y que al mismo tiempo aprovecharía sus tardes libres para estudiar... aunque, la verdad sea dicha, no estaba avanzando mucho.

Había decidido ya, con harto dolor de su corazón, esconder la foto de Héctor en uno de los cajones para intentar concentrarse un poco más, cuando de pronto sonó su teléfono móvil, y la sobresaltó. «Tendría que haberlo apagado», se reprochó a sí misma. Se sorprendió al ver en la pantalla que era Lidia quien llamaba.

Lidia jugaba en el equipo del colegio Europa, que tenía muy buenas relaciones con las Goleadoras. Habían congeniado en el partido de ida, y, a pesar de que el equipo de Sara las había vencido en el último encuentro que habían disputado, seguían quedando de vez en cuando, sin permitir que la rivalidad empañara su amistad.

Pero eso era cuando ganar un partido más o menos no resultaba tan importante; en la liga, todos los sábados se jugaba contra un equipo u otro, y lo que contaba era el balance final. Ningún encuentro era tan decisivo como la trayectoria general del equipo.

Sin embargo, los *play-off* seguían un sistema distinto: cuatro equipos lucharían por el primer puesto de la liga en dos partidos eliminatorios. Y el Europa también se había clasificado.

Sara descolgó el teléfono.

–¡Hola! –saludó–. ¿Qué cuentas?

–Aquí, estudiando –suspiró Lidia aburrída–. Pero es que la semana que viene empezamos ya los *play-off* y no me puedo concentrar. ¿A ti no te pasa?

–¡Sí, sí, estoy igual que tú! –exclamó Sara; en muchos aspectos sentía que Lidia y ella eran almas gemelas–. Qué lata que coincida todo. Vicky dice que ojalá no tuviésemos que ju-

gar los *play-off*, porque así podríamos dedicar el mes de junio a estudiar, pero a mí me parece muy emocionante estar entre los cuatro mejores equipos.

–¡A mí también! –saltó Lidia al otro lado–. ¿Te imaginas que jugáramos la final el Europa contra las Goleadoras?

–¡Ostras, sería brutal! Pero para eso tendríamos que eliminar al Montesol y al Liceo en semifinales, y lo veo un poco chungo...

–Sí... ¿Aún no os han dicho el calendario? ¡Tanta intriga me está poniendo mala!

–¡Misterio, intriga, dolor de barriga! –se rió Sara–. Pues no, no nos han contado nada. Y las semifinales son la semana que viene. ¿Cuándo piensan decirnos contra quién vamos a jugar?

–Nuestra entrenadora dice que, como muy tarde, el lunes deberíamos saber algo.

–¡Uf, otro fin de semana con la duda! A este paso, no es que no vaya a poder estudiar, es que no podré ni dormir...

–Exagerada. Oye, yo voy a ir este sábado al cine con unas amigas, ¿por qué no os venís Vicky y tú, y las que queráis?

–Vicky no querrá, tiene que estudiar; y a Eva seguro que sus padres no la dejan. Pero se lo diré a las demás; seguro que alguna se apunta. ¡Qué buena idea!

Quedaron en volver a llamarse el viernes para concretar.

Como Sara había supuesto, ni Vicky ni Eva aceptaron la propuesta de Lidia. Alex tampoco, aunque por otros motivos:

–¡Cuántas veces tengo que deciros que paso de ir de buen rollo con el enemigo! –bramó–. ¡Que se han clasificado para los *play-off*, so mema!

–Oye, sin insultar, ¿eh? –protestó Sara–. No son el enemigo, son nuestras rivales, y eso sólo en el campo.

–Además –añadió Vicky–, todavía no sabemos si vamos a jugar contra ellas en los *play-off*. Puede ser que no nos toque enfrentarnos.

–Aun así –gruñó Alex–, no deberíamos confiarnos.

No era la única que pensaba así; a Carla tampoco le hacía gracia la idea de trabar amistad con las chicas de un equipo rival, pero no tuvo inconveniente en apuntarse al plan del sábado.

–¿Qué pasa? –se defendió cuando Sara le preguntó por sus motivos–. No tengo por qué hacerme amiga del alma de las del Europa; yo voy a ver la peli y punto.

Ángela y Alicia tenían ganas de ir, e Isa y Julia también se apuntaron, de modo que terminaron siendo un grupo muy numeroso, porque Lidia, por su parte, se presentó con cuatro chicas de su equipo.

Era la primera vez que quedaban así, fuera del ámbito del fútbol. Aparte de los partidos, alguna vez se habían visto para jugar todas juntas en el solar, pero no como grupo de amigas. Y, aunque al principio estaban algo cohibidas, pronto encontraron un tema del que hablar: la fase final de la liga, que estaba a punto de comenzar. Lo pasaron bien en el cine, y después fueron a merendar, y se rieron mucho comentando los mejores momentos de la película (Isa hizo una magistral imitación, muy dramática, de la actriz protagonista). Pronto, el tema de conversación derivó inevitablemente hacia el fútbol. Y unas y otras recordaron las anécdotas más divertidas de la temporada

y también las más emocionantes. Cuando por fin, tras un par de horas de charla y de risas, se quedaron calladas, Sara comentó, nostálgica:

–¿Sabéis una cosa? Tengo la sensación de que, más que un curso, ha sido toda una vida. ¡Hemos vivido tantas cosas desde que formamos el equipo!

–Ya puedes jurarlo –respondió Lidia, que se había quedado muy impresionada con las historias que habían contado las Goleadoras–. ¡Lo que no os haya pasado a vosotras, no le ha pasado a nadie!

–¡Pues a mí me gustaría tener experiencias más interesantes! –se quejó Ángela.

–¡Sí, como, por ejemplo, que Héctor se fijara en mí! –añadió Alicia con un suspiro.

–¡No, se fijaría en mí! –le discutió Ángela.

–¿Y tú qué sabes? –replicó Alicia con disgusto.

–Siempre están igual –las disculpó Carla, ante la mirada atónita de las chicas del Europa–, pero luego no se las puede separar ni con espátula.

–Ese tal Héctor ¿no juega en los Halcones, el equipo de chicos de vuestro colegio? –preguntó una de ellas.

–Sí, y nos habéis dicho que os llevabais mal con ellos, ¿no? –quiso asegurarse Lidia.

–Héctor es un chulo creído y prepotente –declaró Carla–. Pero como físicamente está pasable, pues tiene fans en todas partes, incluso en nuestro equipo –añadió, dirigiendo una mirada terrible a Ángela y Alicia.

–¡Héctor no es un chulo! –lo defendió Alicia con fiereza.



–¡Y está mucho mejor que pasable! –saltó Ángela, indignada.

Sara no dijo nada, pero confió en que nadie se hubiese dado cuenta de que se había puesto colorada.

–Yo no creo que sea tan malo como tú dices –intervino Julia con cierta timidez–. Además, el amor es ciego.

–Sí, claro –se burló Carla.

Sin que supieran muy bien por qué, pasaron a hablar de chicos. A Sara todavía le daba mucha vergüenza hablar de lo que sentía por Héctor (hasta aquel momento sólo lo sabían Eva y Vicky, sus dos mejores amigas, y habían sido muy discretas al respecto), de modo que permaneció callada.

Al final, cuando todas regresaron a sus casas, lo hicieron con la sensación de que habían pasado una tarde agradable con un grupo de amigas. Al principio habían visto a las chicas del Europa como sus rivales, sin poder evitarlo, pero Sara se dio cuenta de que, a medida que habían ido pasando las horas, todas se habían olvidado de que posiblemente se enfrentarían en la fase decisiva del campeonato.

Y pronto descubrió que eso sucedería mucho antes de lo que imaginaba.

El lunes, en el entrenamiento, David las convocó para informarles de que había recibido noticias de la federación. Estaban todas presentes, aunque algunas de ellas tenían pensado marcharse a casa a estudiar en cuanto su entrenador les dijera lo que tenía que comunicarles. Otras, como Sara, vestían ya la ropa deportiva, decididas a no perder un solo entrenamiento de cara a la fase final.

–Bueno, chicas –las saludó David alegremente–, ya tenemos el calendario de los *play-off*.

Carla cruzó los dedos:

–Que no nos toque contra el Liceo, que no nos toque contra el Liceo...

–¡Calla, que lo gafas! –replicó Alicia con disgusto.

–¡No seáis supersticiosas! –las riñó Vicky.

–Vale, os cuento –avisó David–: el primer partido es el sábado que viene. Jugamos contra el colegio Europa, mientras que el Liceo jugará contra el Montesol.

–¡Bien! –se felicitó la mitad del equipo.

La otra mitad, con Sara a la cabeza, se quedó helada.

–¿Contra el Europa? –repitió ella–. ¿Tan pronto?

–¿Qué te creías? –le espetó Alex–. ¡Nunca han dejado de ser nuestras rivales!

–Es una buena noticia, Sara –dijo Vicky–. Los dos equipos más fuertes son el Liceo y el Montesol. Tenemos más posibilidades de ganar al Europa que a cualquiera de ellos, y así pasar a la final. Por otro lado, el Liceo es el mejor equipo, pero el Montesol no se queda atrás, así que, con suerte, igual hasta lo eliminan y todo.

–Es verdad –asintió Carla–. No sé vosotras, pero yo creo que, si nos toca volver a jugar contra el Liceo, lo tendremos muy chungo: siempre nos ganan.

–¡Oye, que en el último partido empatamos! –le recordó Eva.

–Sí, de chiripa.

–A mí las del Liceo me dan un poco de miedo –confesó Fani.

–Bueno, el caso es que para la semifinal nos ha tocado el equipo más asequible –resumió Vicky–. Yo creo que es para estar contentas.

La mayoría de las chicas que se quedaron al entrenamiento trabajaron con más energía y entusiasmo después de saber que jugarían la semifinal contra el rival más fácil, pero las que habían ido al cine con Lidia y sus amigas no parecían tan satisfechas.

Y es que el partido del sábado siguiente no sería uno más: se disputarían con ellas el soñado pase a la final. «Quizá Alex tenga razón –pensó Sara–, y no deberíamos habernos hecho tan amigas de las chicas del Europa.»

Nada más llegar a casa aquella tarde recibió otra llamada de Lidia.

–¡Oye! ¿Os han dicho ya lo de las semifinales?

–Sí –respondió Sara–. Jugamos contra vosotras, qué mala pata. Ya no podremos enfrentarnos en la final.

–Bueno, por lo menos no nos toca jugar el sábado contra el Liceo o contra el Montesol... Perdona, no quería decir que fueseis un equipo más flojo –se apresuró a aclarar Lidia al ver que había metido la pata–. Es que...

–No, si te he entendido y tienes razón, no pasa nada. A nosotras el Liceo nos dio una paliza en el partido de ida. Si nos tocase jugar contra ellas, lo tendríamos muy difícil para llegar a la final. Jugando contra vosotras, la cosa está más igualada.

–Sí, es exactamente lo que quería decir –asintió Lidia, aliviada.

Se hizo un silencio incómodo entre ambas.

–Bueno, pues... –dijo Sara por fin–. Que ganen las mejores.

–Sí, eso.

Pero no había mucho más que decir. Sara comprobó, apenada, que la complicidad de la que habían disfrutado en los días anteriores parecía haberse esfumado.

No volvieron a hablar el resto de la semana. Sara se preguntó cómo quedaría su amistad con Lidia y las otras chicas del Europa cuando terminara el partido. Si ganaban las Goleadoras, ¿les guardarían rencor sus rivales? Si ganaba el Europa, ¿cómo se tomarían ella y las demás el hecho de haber sido eliminadas por unas chicas a las que conocían y apreciaban?

«Lo ideal sería que quedásemos empatadas –pensaba Sara–, pero claro, eso no puede ser, porque tiene que ganar uno de los dos equipos para llegar a la final.»

El club de fans del equipo no lo puso fácil tampoco. Su página web anunciaba:

**Las Goleadoras juegan en semifinales  
contra el Europa  
Es el rival más flojo.  
¡Machacadlas, Goleadoras!**

Estaba tan preocupada por la proximidad del partido que olvidó interesarse por el calendario de los Halcones. Pero Vicky no tardó en informarle de que ellos no habían tenido tanta suerte: jugarían contra los segundos clasificados en la liga, un equipo que los había vencido en dos ocasiones.

–Lo tienen muy difícil –comentó Eva–, pero nunca se sabe. Menos mal que nosotras hemos tenido más suerte en el sorteo.

–¿Y qué más da cómo sea el otro equipo? –replicó Alex–. Yo sólo sé que el sábado voy a jugar a ganar, y que pienso meter todos los goles que pueda.

–Entiéndelo, Sara –le dijo amistosamente Eva, al ver que ella no parecía muy convencida–. Sería mucho peor jugar en semifinales contra el Montesol o contra el Liceo.

–Yo la entiendo –dijo entonces Julia–. ¡Las chicas del Europa son supermajas! Si tienen que quedarse fuera de la final, preferiría que las eliminara otro equipo.

–Pues a mí eso me da igual –declaró Alex–. Nos ha tocado a nosotras y tenemos que jugar a ganar. Nada de sentimentalismos ñoños, ¿eh? Serán todo lo majas que quieras, pero a la hora de la verdad no creo que te abran pasillo hasta su portería. Así que no os confiéis.

Y, recordando su última conversación con Lidia, Sara no pudo evitar pensar que quizá Alex no anduviera tan desencaminada, después de todo.